

DÍA DEL SEMINARIO 2008

“SI ESCUCHAS HOY SU VOZ”

PARA LA ORACIÓN

AQUÍ ESTOY

Me sedujiste, señor, y me dejé seducir;
me forzaste y me pudiste.

Yo era el hazmerreír todo el día,
todos se burlaban de mí.

Siempre que hablo tengo que gritar «Violencia»,
y proclamar «Destrucción».

La Palabra del Señor se volvió para mí
oprobio y desprecio todo el día.

Me dije: no me acordaré de Él,
no hablaré más en su nombre;
pero la Palabra era en mis entrañas fuego ardiente,
encerrado en los huesos;
intentaba contenerla,
y no podía.

(Jer 20, 7-9)



LLAMADA-MISIÓN

Este es mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido en quien me complazco.

Sobre él he puesto mi espíritu,
para que traiga la salvación a las naciones.

No gritará, no alzaré la voz,
no voceará por las calles.

La caña cascada no la quebrará,
el pábilo vacilante no lo apagará.

Proclamará fielmente la Salvación,
no vacilará ni desmayará
hasta implantarla en la tierra.
Los pueblos lejanos
anhelan su enseñanza.

Yo, el Señor, te llamé,
según mi plan salvador,
te tomé de la mano y te formé
e hice de ti alianza del pueblo
y luz de las naciones.

Para abrir los ojos de los ciegos,
sacar de la cárcel a los cautivos,
y del calabozo
a los que habitan en las tinieblas.

(Is 42, 1 – 4. 6)

SALMO 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien».
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.
Multiplican las estatuas
de dioses extraños;



no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con Él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

LA VIRGEN MARÍA, SIERVA DE LA PALABRA DE DIOS

María, humilde sierva del Altísimo,
el Hijo que has engendrado
te ha hecho sierva de la humanidad.

Tu vida ha sido un servicio humilde y generoso:
has sido sierva de la Palabra cuando el Ángel
te anunció el plan divino de la Salvación.
Has sido sierva del Hijo, dándole la vida
y permaneciendo abierta a su misterio.

Has sido sierva de la Redención,
«permaneciendo» valiente al pie de la cruz,



junto al Siervo y Cordero sufriente,
que se inmolaba por nuestro amor.

Has sido sierva de la Iglesia, el día de Pentecostés
y con tu intercesión continúas engendrándola
en cada creyente, también en estos tiempos difíciles.

A ti, joven Hija de Israel,
dirijan su mirada con confianza
los jóvenes del tercer milenio.

Hazlos capaces de aceptar la invitación de tu Hijo
a hacer de su vida un don total
para la gloria de Dios.

Hazles comprender que servir a Dios
llena el corazón, y que sólo en el servicio de Dios
y de su Reino nos realizamos según el plan divino,
y la vida llega a ser un himno de alabanza
a la Santísima Trinidad. Amén.

(Juan Pablo II, Jornada de Oración por las Vocaciones, 2003)

MUCHAS VECES, SEÑOR, A LA HORA DÉCIMA

Muchas veces, Señor, a la hora décima
–sobremesa en sosiego–,
recuerdo que a esa hora, a Juan y a Andrés
les saliste al encuentro.
Ansiosos caminaron tras de ti...
«Qué buscáis...?» Los miraste. Hubo silencio.

El cielo de las cuatro de la tarde
halló en las aguas del Jordán su espejo,
y el río se hizo más azul de pronto,
¡el río se hizo cielo!



«Rabí –hablaron los dos–, ¿en dónde moras?»
«Venid y lo veréis». Fueron y vieron...

«Señor, ¿en dónde vives?»
«Ven y verás». Y yo te sigo y siento
que estás... ¡en todas partes!;
¡y que es tan fácil ser tu compañero...!

Al sol de la hora décima, lo mismo
que a Juan y a Andrés –es Juan quien da fe de ello–,
lo mismo, cada vez que yo te busque,
Señor, ¡sal a mi encuentro!

(Himno de la Liturgia de las Horas)

SAN JOSÉ

Dios todopoderoso,
que confiaste los primeros misterios de la Salvación
a la fiel custodia de san José.
Haz que, por su intercesión,
la Iglesia los conserve fielmente
y los lleve a plenitud en su misión salvadora.

(Oración colecta de la fiesta de San José. Misal Romano)

Dios todopoderoso, te pedimos nos concedas,
por la gloriosa intercesión de nuestro Padre san José,
abundantes y santas vocaciones que anuncien
tu Reino sin descanso.

Haz Señor que los sacerdotes,
religiosos, religiosas, laicos y misioneros,
iluminados por tu Palabra y guiados
por la humildad y fidelidad de san José,
abran sus corazones
a tu siempre providente voluntad. Amén.



PADRE, ME PONGO EN TUS MANOS

Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo más, Padre.
Te confío mi vida.
Te la doy,
con todo el amor de que soy capaz
porque te amo,
y necesito darme,
entregarme en tus manos
con una confianza infinita
porque tú eres mi Padre.

(Carlos de Foucauld)

SEÑOR, HAZME INSTRUMENTO DE TU PAZ

Donde hay odio, ponga yo amor,
donde hay ofensa, ponga yo perdón,
donde hay discordia, ponga unión,
donde haya error, ponga verdad,
donde haya desesperación, ponga esperanza,
donde hay tristeza, ponga alegría;
Haz que busque
consolar, no ser consolado,
complacer, no ser complacido,
amar no ser amado.
Porque
es olvidándose como uno se encuentra,
es perdonando como un es perdonado,
es dando como uno recibe,
es muriendo
como uno resucita a la vida.
Amén.

(San Francisco de Asís)



VUESTRA SOY, PARA VOS NACÍ

Vuestra soy, para vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?
Soberana majestad,
eterna sabiduría,
bondad buena al alma mía,
Dios alteza, un ser, bondad,
la gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criasteis,
vuestra, pues me redimisteis,
vuestra, pues me sufristeis,
vuestra, pues me llamasteis,
vuestra, pues me esperasteis,
vuestra, pues no me perdí:
¿qué mandáis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿cuál oficio le habéis dado
a esta esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor,
Amor dulce, veisme aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy para vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?

(Santa Teresa de Jesús)

PLEGARIA POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES

• *Señor, tú has dicho. La mies es mucha, pero los obreros pocos; y nos exhortas a rogar al Dueño de la mies, para que mande obreros a su mies (Mt 9, 37-38).*

Te rogamos que dirijas tu mirada de amor sobre nuestros jóvenes e infundas en ellos el deseo de ser sacerdotes, respondiendo con coraje a tu llamada.



- *Señor, tú has dicho: pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y a quien llama se le abre (Mt 7, 7-8; Lc 11, 9-10).*

Confiados en tu Palabra, te pedimos que concedas a nuestra Iglesia diocesana los sacerdotes necesarios, dispuestos a empeñarse con generosidad en el anuncio del Evangelio, en la celebración de los Sacramentos de la verdadera vida y en la guía amorosa de la comunidad cristiana.

- *Señor, tú has dicho: si dos de vosotros se reúnen para pedir cualquier cosa, mi Padre que está en los cielos se lo concederá; porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos (Mt 18, 19-20).*

No solamente dos o tres, sino todos nosotros, aquí reunidos en tu nombre, Señor, pedimos al Padre que está en los cielos, el don de santos sacerdotes para poder servir, como te agrada, a la edificación de la Iglesia y de la civilización del amor.

- *Señor, tú has dicho: el cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt 24, 35).*

Nosotros confiamos por la eficacia de tu Palabra, que tus palabras no pasarán. Haznos, Señor, comprender tu voluntad y haz que las familias cristianas sean dóciles para acoger el don de un hijo sacerdote y capaces de acompañarlo por los caminos de la santidad y del servicio a los hombres.

María, Reina de los apóstoles, ruega por nosotros
Amén

(Card. Agostino Vallini)